



**Santa María Eugenia de Jesús**

**12 de marzo de 1876**

**Amor a Jesús – Unión con su sufrimiento**

Queridas hijas,

Al comienzo de la Cuaresma, os pedí meditar mucho sobre la Pasión de nuestro Señor Jesucristo. Hoy quiero exhortaros a que saquéis como fruto de esta meditación un gran amor por su persona.

Sin duda, todas amáis a nuestro Señor Jesucristo, pero hay distintos grados en este amor: está el deseo continuo de progresar en él. Está la alegría de amarlo cada día más, lo cual es la gran gracia de la vida religiosa y, me atrevería a decir, la gracia particular del tiempo en que vivimos.

Vivimos en una época marcada por la ansiedad y la incertidumbre. No sabemos lo que Dios tiene reservado para nosotros. Sin embargo, si vemos en cada persecución, cada contradicción y cada espera más o menos dolorosa, una participación en la Pasión de Cristo, y si recordamos que esos sufrimientos reflejan su agonía, y que son una parte de su cáliz, entonces el amor nos ayudará a aceptarlos poniendo, como Él, nuestros labios en ese cáliz. Nuestro Señor adapta cada prueba a la fortaleza de cada uno y solo nos da la parte de su cáliz que somos capaces de llevar. Cuanto mayor sea nuestra generosidad, más sacaremos de él.

Sabéis bien lo que se relata en el Evangelio cuando la madre de Santiago y Juan se acercó a Jesús para pedirle que sus dos hijos fueran colocados, uno a su derecha y otro a su izquierda en su reino. Jesús les dice: "¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber?" — Ellos respondieron: "Sí. Podemos". A lo que Jesús les dice: "Sí, lo beberéis, pero en cuanto a estar a mi derecha o a mi izquierda, eso es para aquellos a quienes mi Padre lo ha preparado"<sup>1</sup>.

Como veis, Jesús puso a sus apóstoles como condición esta prueba que es signo del amor: les ofreció beber el cáliz de su Pasión. ¿A quién de nosotras, hijas mías, nos lo ofrecerá, y en qué medida? Solo Dios lo sabe. Pero si en la vida religiosa, ante cada humillación, cada sufrimiento, cada angustia, y cada pena que nos aflija, nos disponemos a beber de todo corazón el cáliz de Jesucristo, nuestra vida será transformada.

Para ello, no necesitamos pasar por las pruebas de la política o de la calle. Seguramente, cada una de nosotras encuentra dentro de sí misma pruebas y humillaciones. Cuando nos conocemos a nosotras mismas y Dios permite que pasemos por ciertos estados y penas,

---

1. Mt 20, 20-23.

eso nos humilla profundamente. Pues bien, ¿bebemos el cáliz con amor? ¿Estamos felices de beber en el cáliz de Jesucristo lo que tal vez es lo menos amargo: la humillación?

En el fondo ¿Qué es, la humillación? Es un sufrimiento que solo afecta la imaginación, la mente y la voluntad. Cuando hemos sido humilladas, seguimos siendo lo que éramos. No hemos pasado por las manos de los verdugos ni por torturas inimaginables. Y, sin embargo, ¡qué difícil es acercar los labios al cáliz de la humillación! Por eso nuestro Señor quiso beber de él sin medida.

Añadiré algo aún más difícil de aceptar: la angustia. Dios nos permite tener angustias sobre el estado de nuestra alma, sobre nuestras disposiciones, sobre nuestra oración, sobre las personas que nos rodean, sobre mil y una cosas... en fin, angustias. Nuestro Señor no las apartó de sí. Las sufrió hasta tal punto que su sangre divina corrió hasta el suelo durante su agonía. Observad que no fue un tiempo de sufrimiento físico, sino de angustia y de la más extrema angustia .

Ciertamente, como dice san Bernardo, nos resultaría más fácil llevar la cruz si la lleváramos con este espíritu, dejándonos ayudar por el Esposo de la Iglesia, que es también nuestro Esposo divino, si, ante lo que nos sucede, tranquilizáramos<sup>2</sup> nuestra alma diciendo: «Estoy feliz de probar el cáliz de nuestro Señor», o, siguiendo el pensamiento de san Pablo a los Hebreos: «Vamos, ánimo, pobre alma, aún no has resistido hasta la sangre<sup>3</sup>. ¿Por qué no quieres pasar por esta noche dolorosa y oscura por la que Jesucristo pasó primero? Él estará cerca de ti para actuar y luchar contigo. Ten el deseo de conocerlo a través de su Pasión. Pídele que te ayude, que te sostenga, que te consuele; lo hará con un amor que suavizará todas tus angustias.»

En nuestras tristezas tenemos lo que el Señor no tenía. Todos podemos recurrir a nuestro Salvador, Dios y hombre, que probó el cáliz del dolor antes que nosotros. En su agonía, Jesús se vio reducido a las únicas fuerzas de su santa humanidad, y Dios, su Padre, tuvo que enviarle un ángel del cielo para consolarle y fortalecerle.

En fin, hijas mías, si no participamos de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo a través de dolores exteriores, si no somos maltratadas ni expulsadas, al menos todas tendremos que pasar por sufrimientos y enfermedades. Cuando lleguen, solo encontrarán en nosotras lo que hayamos preparado en nuestro interior mediante la meditación y la oración. No debemos creer que se empieza una a santificar durante la enfermedad. Santa Teresa dice que es entonces cuando se demuestra la virtud adquirida en la salud. Poneos, pues, manos a la obra y tratad de adquirir la paciencia mediante la unión con nuestro Señor Jesucristo en sus sufrimientos. Dios puede enviaros pruebas que superen todo lo que podamos imaginar. Si estáis unidas a nuestro Señor, vuestra paciencia desafiará todo, vuestra fortaleza vencerá todo.

Por eso os exhorto, durante la Cuaresma, a obtener de la meditación de la Pasión de nuestro Señor ese amor ardiente que hace que queramos sufrir con Jesucristo, que queramos ser víctimas con Jesucristo, que queramos pasar por humillaciones y penas

---

2. M<sup>a</sup> Eugenia emplea aquí un vocablo antiguo : « Accoisions » : que en español sería “apaciguaríamos”.

3. Cf. He 12, 4.

interiores, si Dios se digna enviárnoslas. Ese amor generoso elimina todas las contradicciones, todas las inquietudes, todas las oposiciones a los caminos que la divina Providencia tenga para nosotras durante el resto de nuestra vida. Hagámoslo con cierto ímpetu del corazón, pues es necesario para sostenernos, sin que ello nos impida, que a veces flaqueemos.

San Pedro tuvo este ímpetu del corazón cuando dijo a Jesús: "Señor, daré mi vida por ti"<sup>4</sup>. Y también: "Señor, estoy dispuesto a ir contigo a la cárcel y a la muerte"<sup>5</sup>. La primera vez, sin embargo, vaciló, pero luego ¡cómo aceptó la prisión y el sufrimiento! ¡Cómo pidió, con una humildad admirable, ser crucificado cabeza abajo, juzgándose indigno de padecer el mismo suplicio que su Maestro!

No puede decirse, por tanto, que sea inútil el anhelo que lleva al alma a sufrir y morir con Jesucristo. Lo mismo sucede con todos los deseos que nacen en el alma. Sentiremos un ardor magnífico. Luego caeremos por tierra y desfalleceremos. Pero si conservamos ese ardor, si sacamos de nuestras caídas más confianza y fervor, llegará un momento en que sabremos sufrir por Jesucristo y demostrarle el verdadero amor.

---

4. Jn 14, 37.

5. Lc 22, 33.